

hermoso y divino rostro era el sol que me alumbraba y guiaba por el mundo: tus palabras eran oráculos que me embelesaban y tu vida era mi vida.

En efecto, mis hermanos: sola María, entregada á sus tristes pensamientos, y privada de la vista de su amado Hijo, bien puede esclamar: El Señor me ha puesto desolada, todo el dia consumida de tristeza: *Posuit me desolatam, tota die mærore perfectam* (1). Procuremos, pues, tener presente cuanto esta Señora padeció por nosotros, y tratemos de enjugar sus lágrimas con nuestra gratitud y cristiana conducta. Es nuestra Madre, ¿y podremos verla llorar sin compadecerla y acompañarla? ¿Permaneceremos indiferentes á sus penas y dolores? Esto no sería obrar como buenos hijos: lloremos con ella y acompañémosla en su aflicción. Veamos ahora la nueva soledad en que la dejan sus hijos los cristianos cuando abandonando á Jesucristo, se entregan á Belial.

SEGUNDA PARTE.

Que son extraordinariamente grandes los motivos de gratitud que nos ligan para con Jesucristo y su Santísima Madre, es una verdad bien conocida de vosotros. Al traer á la memoria las trágicas escenas de la pasión y muerte del Redentor de la humanidad, tal vez pregunte alguno: ¿No pudiera el Hijo de Dios haber escogido otro medio menos costoso para redimirnos del pecado? Sí pudiera; pero eligió el de los tormentos, y dispuso que su Madre padeciese en su corazón los dolores que El en su cuerpo, para que te-

(1) Thr. cap. 1, v. 13.

niendo nosotros presente lo mucho que costó nuestra redención, conociésemos la gravedad del pecado, y mostrásemos en nuestra conducta una noble gratitud al que nos abrió con su Cruz las puertas de los cielos, y á la que sumergida en el profundo mar de inesplicables dolores cooperó á tan grande y maravillosa obra.

Este debido homenaje de gratitud es el que por siete dias continuados nos ha reunido en este santo templo, para recordar la memoria de los intensísimos dolores que como penetrantes espadas atravesaron el corazón amante de la Madre de nuestro Dios, á quien su Hijo nos dejó por madre á todos los mortales. Bien quisiera haberos presentado en este setenario vivos cuadros que os hubiesen hecho conocer lo intenso y lo profundo de cada uno de sus dolores; pero esto no es posible á la débil inteligencia humana: por esto no he hecho otra cosa que trazar imperfectos bosquejos. Ni qué mas pudiera hacer, ni cómo explicar con mas perfección los dolores de la Santísima Virgen, cuando todos los santos Padres afirman que no es dado al entendimiento humano el concebirlo ni el explicarlo. Tanto padeció, que San Bernardino de Sena esclama, que si sus dolores se repartieran entre todas las criaturas capaces de sentir, morirían todas á la violencia del dolor; y San Anselmo dice, que Hijo y Madre padecieron un mismo sacrificio, porque ambos se ofrecían á un mismo tiempo, Jesus en sus tormentos y en su muerte y María en los dolores de su corazón.

¡Cuán grandes fueron estos, podemoslo en algun tanto comprender por las narraciones que hemos venido presentando durante los dias de este setenario!

Siguiendo el orden establecido, vímosla en la mayor angustia al escuchar en el templo el vaticinio del anciano Simeon, que en breves palabras púsole delante de sus ojos la pasion y muerte de su Hijo y la espada que atravesaria ambos corazones. La persecucion tiránica de Herodes motivó la huida á Egipto, en la que un nuevo martirio dividió su corazon amante, por ver al Hijo de sus entrañas obligado á pasar trabajos y tener que buscar albergue en tierra estraña. El amargo cáliz que hubo de beber en la pérdida de su Hijo, fué como un ensayo ó preludio de la amargura que habia de experimentar al perderle, cuando llegada la hora señalada en los consejos eternos se ofreciese en el Calvario víctima por la salvacion del mundo. Contemplado que hubimos estos primeros dolores de la Santísima Virgen, entramos en la consideracion de los nuevos y cruelísimos que hubo de sufrir durante la pasion y muerte del Redentor. ¡Cuánto movió nuestros corazones el verla en la calle de la Amargura, coronada de tribulacion al ver á su Hijo abatido y agonizante bajo el leño sacrosanto de la redencion! ¡Qué lágrimas de ternura vinieron á bañar nuestras mejillas cuando la contemplamos inmóvil al pié de la Cruz! ¡Cuánto nos compadecemos, cuando observamos la sensacion y dolor que produjo en su corazon el grande ultraje que recibió su Divino Hijo ya cadáver, al ser herido su costado por una lanza!

La meditacion de estos dolores de la Santísima Virgen nos han dado ocasion para presentar algunas reflexiones morales de la mayor utilidad para nuestras almas, y muy apropósito para hacernos adquirir con el amor á la virtud un grande aborrecimiento al pecado. En esta última tarde en que ha sido objeto de nues-

tra meditacion la soledad amarguísima en que quedó la Reina de los mártires, luego que fué enterrado el cadáver de su Divino Hijo, razon es que para cerrar estas morales lecciones nos hagamos cargo de la nueva soledad en que los cristianos dejamos á esta dolorosa Virgen, cuando volviendo las espaldas á su Divino Hijo nos entregamos á seguir las máximas de Belial.

Y desde luego, mas ingrato el hombre que pobre y miserable, olvídase con la mayor facilidad asi de los tormentos y muerte de Jerucristo, padecidos para salvar su alma, como de los dolores de la Santísima Virgen que tanto cooperó á la redencion. Engreidos muchos cristianos con las falsas máximas del mundo corrompido, coronanse de las flores de los placeres, sacrifican su tiempo y sus afanes á brillar en medio de la sociedad: trabajan sin descanso por adquirir celebridad, y cual si la vida de que disfrutaban hubiese de ser eterna, se agitan sin descanso por atesorar bienes perecederos, no cuidando de su alma cuyo rescate se consiguió á fuerza de tormentos. Ahora bien, María ama á su Divino Hijo con cuanto fervor es capaz de amar una madre tan santa y tan llena de virtudes como ella, y tanto cuanto es digno de amor un Hijo que es Dios, y por consiguiente la santidad por esencia. Nosotros somos hijos adoptivos de Maria por voluntad del mismo Jesucristo, y teniendo la Señora presente cuanto padeció su Hijo por salvarnos, ¿mirará con indiferencia la tranquilidad é ingratitud de aquellos de sus hijos adoptivos que no queriendo aprovecharse de los frutos de la redencion, se esponen á perder su alma para siempre? ¿No será para esta amorosa Madre un nuevo dolor la ingratitud del que de este modo obra? No hay quien me consuele, dice María. *Non est*

qui consoletur me. ¡Me encuentro la más desconsolada de todas las criaturas, porque no hay quien me acompañe á llorar la muerte de mi Hijo!

¡Ah! Nueva soledad que angustia el corazón de esta purísima Virgen, que no puede menos de sentir de un modo extraordinario la pérdida de su alma. Hay ciertos errores que no pueden menos de ser funestas consecuencias para aquellos que los siguen como reglas de salvacion. Hombres de fé lo son todos los cristianos al decir de cada uno: el invocar á María como medianera de intercesion entre nosotros y su Divino Hijo, es comun en los hijos de la Iglesia, y es en efecto una invocacion justa, aprobada por la misma Iglesia, y á hacerlo así muévenos la doctrina de los Padres en este punto, y la práctica constante del cristianismo. Su poder es grande para alcanzar gracias, y no menos su voluntad de interesarse en favor de los miserables mortales. ¿Dónde no es invocada la Co-redentora del linaje humano? ¿Quién no acude á ella en todas sus necesidades y tribulaciones? ¿Quién no espera el remedio de sus males por su mediacion? Si esto es una verdad consoladora y de todos conocida, tambien lo es que muchos viven errados en este punto, porque teniendo una vida disipada y viviendo de un modo contrario á la ley de Dios, creen merecer la proteccion de la Santísima Virgen, porque invocan su nombre de continuo, dan alguna limosna ó practican alguna otra obra de piedad en su obsequio. María no acepta las rosas que la ofrecen los que son enemigos de su Divino Hijo, á quien tanto ama, y por cuya gloria se esfuerza. Si bien es madre de pecadores, entiéndese que lo es de pecadores, que apartándose del mal camino vuelven al redil del Pas-

tor divino: á estos es á los que protege, cubre con su manto de misericordia é implora para ellos el perdon y la gracia. Los obsequios, por el contrario, de los que la desamparan y dejan en soledad, no le son agradables bajo ningun concepto, pues como nos advierte el Espíritu Santo, no puede ser agradable la oracion del pecador (1).

Y á la verdad: siendo María un dechado de todas las virtudes, y habiendo padecido tanto por el pecado del hombre, ¿cómo escuchará gustosa las alabanzas y oraciones dirigidas por unos lábios impuros ó por un corazón corrompido? ¿Deseais, mis hermanos, ser participantes de la gloria que Jesucristo nos conquistó con el precioso lábaro de la Cruz? Conociendo los peligros del mundo y asaltos de vuestros enemigos, ¿deseais tener en María una protectora benéfica, dispuesta siempre á interceder en vuestro favor y alcanzaros el perdon y la gracia? ¿Deseais que vuestras oraciones lleguen al trono de Dios por las manos de María en olor de suavidad? ¿Quereis que vuestra devocion á esta Reina de los mártires, le sea agradable y que acepte estos cultos que le tributais? Pues no es difícil que lo consigais, si mirando en Jesucristo, no solo á nuestro Redentor, sino tambien á nuestro Maestro, procurais imitarle, arreglando vuestra conducta á tan perfecto modelo. Vivid segun la moral del Evangelio, no perdiendo de vista los tormentos de Jesus y dolores de María sufridos por nosotros, y serán innumerables las gracias que la Señora os alcance de su Divino Hijo. Ved el medio sencillo de no agravar el tormento de su soledad, y de ser verdaderos devotos.

(1) Non est speciosa laus in ore peccatoris. Ecli. cap. XV. v. 3.

Yo no creeria cumplir con mi deber, si concluyese mis sermones de este setenario sin recomendar la devocion continúa y fervorosa de los dolores de la Santísima Virgen María, pues que en ello damos gloria á Dios, honor á su Madre, y reportamos grande utilidad para nuestras almas. Para persuadiros á ello, os repetiré las palabras dirigidas por la misma Señora á santa Brígida, en las que nos dá á entender lo aceptable que le es la invocacion que hacemos de sus penas y dolores. «Estoy mirando, dice la Santísima Virgen, á cuántos hay en el mundo, por si hallo algunos que se »compadezcan de mí y consideren la grandeza de mi »dolor, y encuentro muy pocos que así lo practiquen. »Y por lo tanto, aunque sea de muchos olvidada, no »lo sea de tí, hija mia. Ténme en memoria: considera »mis lágrimas y dolores: imita mis virtudes y llora »amargamente de que sean tan pocos los amigos de »Dios.» Estas espresiones nos repite María á cada uno de nosotros, y grande será nuestra ingratitude si así no lo hacemos: procuremos, por lo tanto, no renovar la amargura de sus penas y la afliccion de su soledad con nuestra relajada conducta: antes por el contrario, y dando pruebas de una noble gratitud, vivamos cristianamente, y seamos verdaderamente devotos de la pasion de Jesus y de los dolores de su Madre, para que haciéndolos fructuosos para nosotros, nos hagamos dignos de la salvacion.

He concluido, mis señores, y dado fin al encargo que encomendásteis á mis débiles fuerzas. Si lo elevado de los asuntos que han venido siendo objeto de mis discursos, y mi limitada capacidad no me han permitido presentar bien acabados cuadros de los dolores agudísimos de la Reina de los mártires, he hecho cuan-

to me ha sido posible por escitar vuestra compasion y moveros á la gratitud: plegue á Dios que no hayan sido estériles mis tareas, y que habiendo caido la semilla de la divina palabra en buena tierra, es decir, en corazones dóciles, produzca en vosotros ópimos frutos de salvacion: plegue al Omnipotente que no una compasion estéril hayais experimentado á vista de los grandes dolores que en su cualidad de co-Redentor de la humanidad, hubo de experimentar la Santísima Virgen María: antes por el contrario, que nuestras meditaciones os hayan servido para despertar en vuestros corazones sentimientos verdaderamente cristianos que os dispongan á hacer fructíferos para vosotros los tormentos de Jerucristo y los dolores de su bendita Madre.

Sea así, ¡oh afligidísima Reina y Madre nuestra! Alcanzadnos la gracia del Señor, á fin de que enmendando nuestras costumbres seamos verdaderos cristianos, y que teniendo presente vuestros dolores, junto con los tormentos y sacrificios de valor infinito de vuestro Santísimo Hijo, merezcamos vuestro amparo y proteccion. Recibid, Señora, estos cultos que os ofrecemos y las lágrimas que hemos vertido durante este setenario, y os suplicamos por vuestros profundos dolores, que nos ampareis y protejais en este valle de lágrimas en que vivimos. Esta nacion, eminentemente católica, y cuyos hijos se complacieron siempre en ser vuestros devotos, sea Madre mia el objeto de vuestra especial proteccion. Que la guerra y las discordias se alejen de nosotros: que no nos visiten las enfermedades contagiosas: que la lluvia en tiempo oportuno fertilice nuestros campos: que reine entre nosotros la paz, y que unidos todos los españoles en identidad de

sentimientos, formemos un cuerpo de adoradores de vuestro Santísimo Hijo y de devotos vuestros. Alcanzados, en suma, la divina gracia, á fin de que llorando nuestras culpas, y lavándolas con la penitencia, consigamos la muerte de los justos, y despues de ella la imponderable felicidad de vuestra compañía, en alabar y bendecir por siempre á vuestro Hijo Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de esencia y trinidad de personas, vive y reina en la Sion santa de la gloria, ahora y siempre, por los siglos de los siglos Amen.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SEGUNDO.

	Páginas.
Sermon 1.º de la Inmaculada Concepcion de María Santísima.	5
Id. 2.º del mismo Misterio.	20
Id. 3.º del propio asunto.. . . .	42
Id. para el dia de la Natividad de María Santísima. . .	56
Id. para el dia de la Presentacion de María Santísima. .	70
Id. para el dia de la Anunciacion de María Santísima. .	87
Id. de la Visitacion de Nuestra Señora.	104
Id. para el dia de la Purificacion de Nuestra Señora. .	117
Id. para el dia del Dulce Nombre de María.	129
Id. 1.º de Nuestra Señora del Cármen.. . . .	144
Id. 2.º de Nuestra Señora del Cármen.	160
Id. para el dia de la Asuncion de la Santísima Virgen. .	173
Id. de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.	197
Id. de Nuestra Señora de los Desamparados de Valencia.	213
Id. de la Invencion de Nuestra Señora de Valverde. . .	228
Id. del Dulcísimo Corazon de María Santísima. . . .	245
Id. de Nuestra Señora de Loreto.	265
Id. de Nuestra Señora de la Esperanza.. . . .	277